

CIENCIA VETERINARIA..

BOLETIN

SE PUBLICA LOS DIAS 1 Y 15

Plaza de Santo Domingo, 13. - Teléfono 21956

NUM. 41

Madrid, 1 de marzo de 1942

AÑO III

Carlos Risueño y Mena (1778-1847)

I

En mi «Historia de la Veterinaria española» (1) ha quedado reseña documentada de los trámites administrativos seguidos en la creación de la enseñanza veterinaria y fundación de la Escuela de Madrid. Figura destacada en este episodio de la educación nacional fué Godoy, quien con su intervención logró dar realidad en España a la enseñanza de la Veterinaria. El mismo Godoy ha escrito en sus «Memorias» (2) estas expresivas palabras: «Mi propósito de una Escuela fundamental y normal de Veterinaria, en toda la extensión de esta ciencia y este arte, mereció el real aprecio... Abrióse esta Escuela (la de Madrid), por el pronto, siendo yo Ministro, en 18 de octubre de 1793.» La enseñanza—añado yo—empezó con alumnos procedentes del ejército y con paisanos.

Entre los primeros alumnos militares que acudieron a matricularse en la Escuela de Veterinaria de Madrid figura Carlos Risueño Mena, que «empezó a estudiar por alumno en esta Rl. Escuela en 13 de abril del año 1794». En su hoja académica, de donde tomo este dato, figura la siguiente filiación: «Carlos Risueño, hijo de Félix y de Vicenta Mena, natural de Daimiel, corregimiento de Ciudad Real; su edad 16 años; su estatura 7 cuartas (1.477 ms.); sus señales: pelo castaño, nariz gruesa, una cicatriz en la frente, otra en la barba, algo pecoso de viruelas.» (3). Como en aquella época los expedientes personales de alumnos eran muy deficientes, a estas noticias quedan reducidos los antecedentes académicos de Risueño. Su primer biógrafo, Llorente y Lázaro (4), detalla un poco más, no mucho más, en estos términos: «Don Carlos Risueño nació en Daimiel en 1778. A los diez y seis años entra de alumno interno militar del regimiento voluntario de España.»

Por mi parte, sospecho que el padre de Risueño fué albéitar, quizás mariscal

en algún regimiento de Caballería, sin poderlo confirmar documentalmente; la afirmación se funda en que un muchacho provinciano se decida tan joven a sentar plaza para matricularse de Veterinaria, precisamente al año de funcionar la Escuela madrileña. Solamente personas del gremio pueden tener noticias de esta novedad; por otra parte, Risueño siempre mostró afición a la medicina equina; son datos que acusan haber vivido desde pequeño el ambiente profesional.

En la época que Risueño entró de alumno en la Escuela de Madrid, el número de matrículas era muy escaso y el plan de estudios francamente deficiente. Los fundadores y encargados de la enseñanza fueron dos mariscales mayores (veterinarios militares): don Segismundo Malats y don Hipólito Estévez, quienes se comprometieron a enseñar toda la ciencia veterinaria que habían aprendido en su largo pensionado en la Escuela de Alfort (París) y en los viajes por diferentes naciones; con el título de ayudante nombraron al maestro herrador Roure, para las prácticas de fragua y hospitales (5).

El Real Colegio de Veterinaria de Madrid quedó instalado en la huerta llamada «La Solana», situada al final del paseo de Recoletos (actualmente Biblioteca Nacional y Casa de la Moneda). A imitación de las escuelas francesas, la madrileña se organizó a base del internado; los alumnos, todos becarios, eran pagados con los fondos propios de la Escuela. Contaba la nueva fundación con amplios locales, edificios, huerta y rentas propias para sostener profesores y alumnos; contaba con autonomía para desarrollar la enseñanza, y, además, con la protección real, representada por un personaje nombrado directamente por el Rey. Fué propósito, y en esto siguieron la corriente general, que la enseñanza veterinaria se orientara a formar veterinarios militares—mariscales, como se llaman en estas fechas—, para atender las exigencias del ejército sin desatender los intereses de la agricultura y trajinería.

Buenos propósitos y suficientes recursos

acompañaron la creación de la enseñanza oficial de la Veterinaria; la idea confiada al desarrollo de Malats, como primer Director, fué estrangulada por la ignorancia, ineptitud y por egoísmos perversos. Desde los principios, la Escuela tuvo en su director y fundador un enemigo lo suficientemente poderoso para detener todo progreso e impedir todo mejoramiento, pero impotente para destruir la vitalidad enorme que desde el primer momento adquirió la Veterinaria española. Ciertamente que Malats fué funesto para la enseñanza y para la Escuela; cierto también que la Veterinaria consiguió salvar sus propósitos y alcanzar un puesto destacado entre las profesiones liberales. En esta labor profesional, Risueño es valor de primera magnitud y representativo del genio español autodidáctico.

En el prólogo del «Diccionario de Veterinaria» nos relata Risueño una brevísima historia de la profesión y cita los albéitares más prestigiosos de España; dedica un encomiástico recuerdo a don Bernardo Rodríguez (6), mariscal de las Reales Caballerías, el primer pensionado español a la Escuela de Alfort, lamentando que no fuese el primer Director de la Escuela de Madrid, «sino don Segismundo Malats y don Hipólito Estévez, mariscales mayores de Dragones, que habían estado también en Alfort pensionados por nuestro Gobierno» (7). Y nada más una obligada citación fué cuanto merecieron sus profesores.

Durante la escolaridad de Risueño, Malats explicaba Anatomía; Estévez, Esterior. La Historia ha recogido un recuerdo de Estévez como buen esteriorista. No ha conseguido averiguar quién explicaba Patología y Hospitales; quizá fuese el propio Malats—repito no tengo ninguna prueba—; Roure quedó, por su nombramiento, encargado de las prácticas de herrado y forjado; también tuvo a su cargo las consultas y los hospitales hípicas.

Para facilitar el estudio, Malats publicó una obra, verdadera enciclopedia veterinaria, que comprendió cuatro tomos de Anatomía, tres tomos de Patología y dos tomos de Terapéutica, aparecidos entre 1793-1796 (8). Aunque la obra figura

como original de Malats, es una mala traducción de los libros escritos en francés por Bourgelat, fundador de las Escuelas de Veterinaria en Francia. De las obras de Malats, la más original es una referente a cría caballar; en esta misma colección publicó Estévez el exterior del caballo, muy influenciado por la escuela francesa, pero con ideas personales (8).

Un profesorado escaso y deficientes enseñanzas, unas obras anticuadas y escritas por un aficionado—Bourgelat fué en su origen picador y director de una Escuela de Equitación—, constituían un mal ambiente para adquirir cultura profesional y formar buenos especialistas en medicina animal. Poco más puedo decir de la labor desarrollada en la Escuela de Veterinaria de Madrid en los años precisamente que fué frecuentada por el estudiante Carlos Risueño; cúlpese la parvedad de la información a la desgracia de haberse perdido gran parte del archivo de nuestra Escuela primada correspondiente a aquellos años. La pérdida es debida a que el local de la Escuela fué ocupado en 1808 por las tropas francesas y la soldadesca destrozó muchos documentos que ahora nos impiden reconstruir los principios de la enseñanza veterinaria. En el ya citado libro de matrículas, salvado felizmente, figura un brevísimo resumen académico referente a Risueño, que copio íntegro: «En 12 de junio de este año (1801) se sirvió nombrar el señor Protector don Félix Colón a este alumno subprofesor de Fragua.» (3). Al empezar el siglo XIX, Risueño había terminado la carrera; su prestigio escolar debió merecer buena conceptualización cuando es nombrado subprofesor, ayudante de enseñanzas prácticas.

No fué un hecho casual ni favor dadivoso del Protector; Risueño recibe el nombramiento de profesor, en parte tan ínfima, como prueba de su preparación y conocimientos, actividades que años posteriores se destacarán con gran prestigio y se desarrollarán con amplitud extraordinaria. Más que justo, el nombramiento fué acertado, porque Risueño fué durante toda su larga vida maestro en el concepto docente de la palabra; llegó a po-

seer amplios conocimientos de Veterinaria y supo dominar la práctica para aplicarlos con éxito; además supo transmitir estos conocimientos y esta práctica a sus discípulos; supo e hizo Veterinaria; fué el verdadero creador de la enseñanza veterinaria en España. Malats, por azares de la suerte, se honraba con el título de fundador; verdad si nos apoyamos en los textos legales. La Historia cala más, y reivindica para Risueño el título de creador; a Malats le entregaron la Escuela, pero en sus manos sólo fué un edificio y un centro administrativo que despacha títulos de Veterinaria, pero nunca un centro de enseñanza; en cambio, Risueño, años después, supo infundir contenido, organizar la enseñanza y dotar de vigorosa vitalidad nuestra profesión.

Apenas titulado, Risueño abandona muy pronto la Escuela. «En 3 de diciembre de 1801 tuvo este alumno una oposición a la plaza de mariscal mayor del regimiento de Caballería de Almansa, y en la censura que hicieron los directores y maestros de esta Escuela sacó el primer lugar. En 31 de diciembre de dicho año salió este alumno a mariscal mayor del citado regimiento, en virtud de R. O. comunicada a esta Contaduría en 2 de enero de 1802.» (3). Risueño deja la Escuela y la enseñanza para vestir el uniforme de Veterinaria Militar; no es un abandono, ni menos una huida. Risueño, independientemente de resolver el problema económico, busca en el ejército un complemento indispensable que le faltó en la Escuela: hacer clínica. Risueño, que sintió toda su vida una gran afición por la hipiátrica, el regimiento era el mejor campo de actividad para estudiar y practicar la clínica equina.

La vida militar de Risueño está reseñada por el ya citado Llorente y Lázaro en estos términos: «Fué nombrado en 1801 mariscal mayor del regimiento de Almansa, y al año siguiente pasó a los escuadrones llamados de Godoy; durante la guerra de 1808, Risueño tomó parte en ella en el regimiento Voluntarios de Madrid hasta 1814, que pasó al de Lusitania. Siempre tuvo a su cargo mucha enfermería y muy diversa, por la circuns-

tancia de aquellas campañas que tanta gloria dieron a las armas españolas.» (4).

C. SANZ EGAÑA

(Continuará.)

NOTAS

- (1) C. Sanz Egaña, «Historia de la Veterinaria Española», Madrid, 1941.
 - (2) Don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, «Cuenta dada de su vida política», por... o sean «Memorias críticas y apologéticas». Madrid, 1836, t. II, pág. 177.
 - (3) «Libros de Matriculas», Fol. 14. Archivo Escuela de Veterinaria, Madrid.
 - (4) Ramón Llorente y Lázaro, «Necrología de Don Carlos Risueño», *Boletín de Veterinaria*, año III, 1847, pág. 67.
 - (5) Nicolás Casas, «Historia de la Escuela de Veterinaria de Madrid», *Boletín de Veterinaria*, año IV, 1848, pág. 177.
 - (6) C. Sanz Egaña, «El primer veterinario español: Don Bernardo Rodríguez», *Boletín de CIENCIA VETERINARIA*, núms. 5-6, 2-15 septiembre 1940.
 - (7) Carlos Risueño, «Diccionario de Veterinaria», Madrid, 1829, t. I, pág. X.
 - (8) Las publicaciones de Malats llevan por título «Elementos de Veterinaria que se han de enseñar a los alumnos del Real Colegio de Veterinaria de Madrid», por don Ségismundo de Malats.
- El texto de cría caballar se titula «Nuevas observaciones físicas concernientes a la economía rural, cría, conservación y aumento del ganado caballar, con varios puntos interesantes a la salud pública», Madrid, 1793.